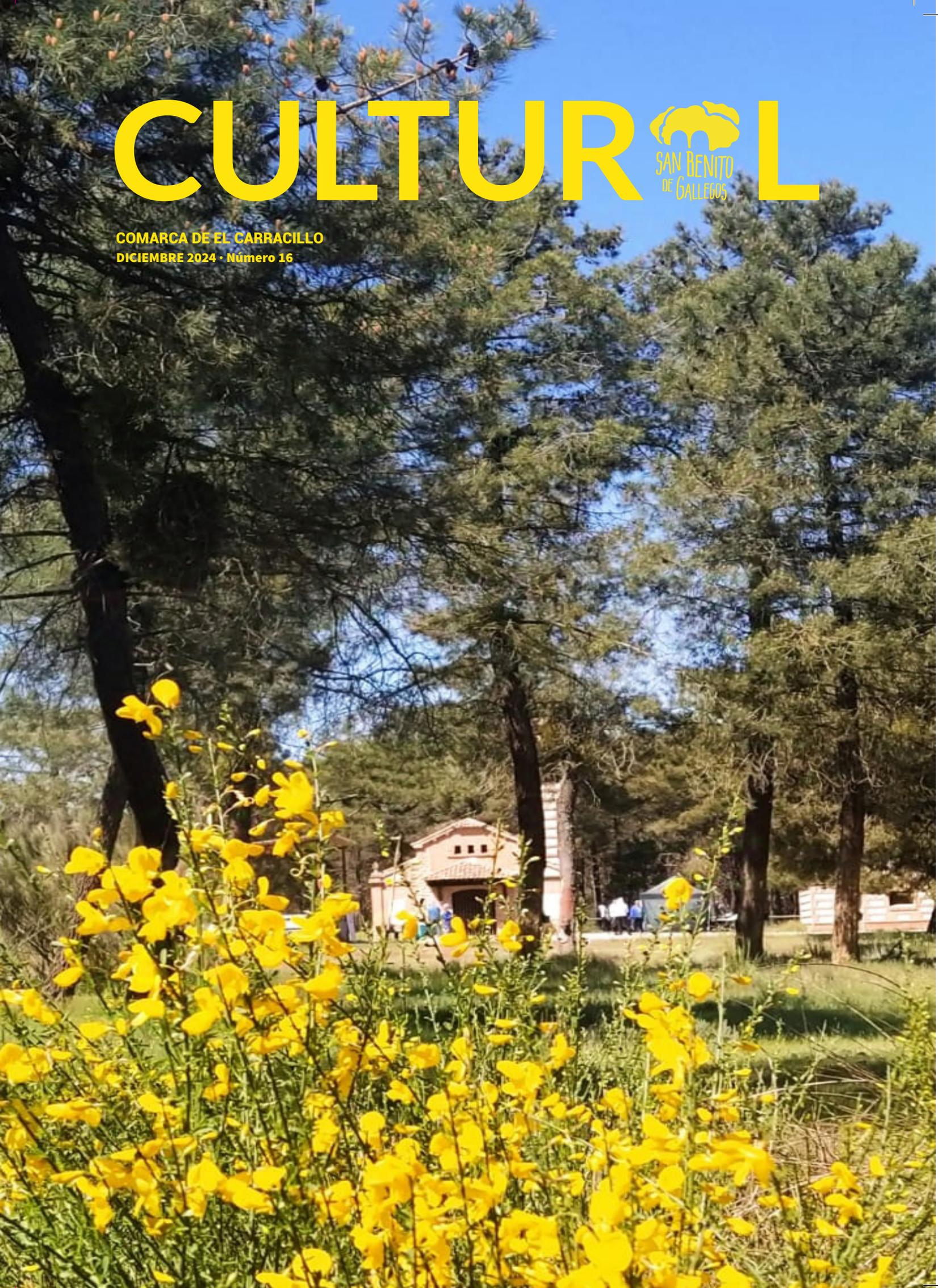


CULTURAL



COMARCA DE EL CARRACILLO

DICIEMBRE 2024 • Número 16



Hace 6000 años en tierras del Eresma

Proyecto Eresma Arqueológico

RAÚL MARTÍN VELA

Arqueólogo

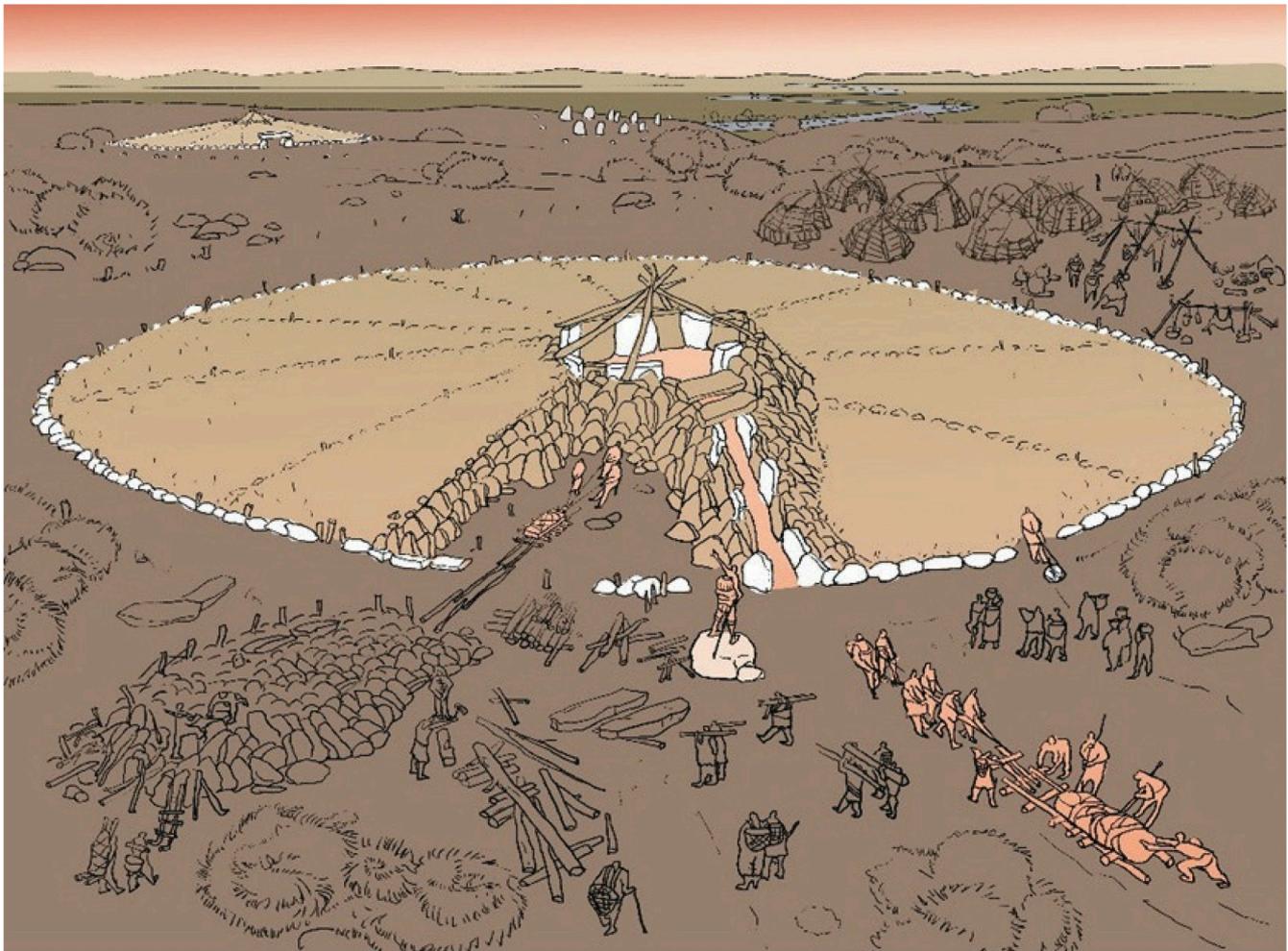


Miles de años han pasado desde que abandonamos las cuevas. Por entonces, el mundo era un vasto lienzo donde la naturaleza reinaba con esplendor. En aquellos días lejanos del Paleolítico, hombres y mujeres vivían como nómadas, deambulando

por montañas y valles, guiados por las estaciones y la promesa de alimento. Cada invierno, cada rastro de presa, era una lección de supervivencia.

Pero el tiempo, imparable, trajo cambios. Los largos periodos de intenso frío dieron paso a climas

más suaves y, con ellos, a nuevas formas de vida. Surgió el Neolítico, un periodo que introdujo grandes transformaciones. Una de las principales novedades fue la adopción de una vida sedentaria propia de las primeras comunidades agrícolas y ganaderas. Conllevó la aparición de los primeros



poblados estables con casas hechas de barro, paja y madera. En una época donde la escritura era desconocida, el mejor modo de amojonar las tierras de cultivo y los pastizales era colocando estratégicamente hitos y monumentos bien reconocibles en la lontananza. Así pues, hace 6000 años, en el corazón de la campiña segoviana, uno de estos grupos humanos neolíticos decidió iniciar la construcción de un dolmen. Los dólmenes son imponentes y misteriosos monumentos que no solo servían como tumbas, sino que también se convirtieron en símbolos que transmitían un mensaje claro a quienes pasaban cerca. Se alzan con solemnidad, como guardianes de historias antiguas y de la

memoria colectiva de aquellos que habían vivido y trabajado en esas tierras. Eran señales de vida, pero también un recordatorio del final del camino y del lugar elegido donde descansar junto a los antepasados. En ese diálogo con el pasado, cada dolmen contaba una historia, uniendo el tiempo de los vivos con el de los que se habían ido, a la par que dejaba una huella imborrable en la memoria del lugar.

Y así, entre estas tierras y bajo cielos siempre cambiantes, los ancestros nos dejaron su relato esperando que, generación tras generación, sepamos escuchar su murmullo. Querido lector, deja que sean ellos quienes te cuenten su historia...

La anciana ajusta su chal y observa el horizonte, donde las sombras largas de los menhires del bosque de piedras blancas se extienden al caer el sol. Con su voz pausada, cuenta como en los tiempos en que nuestro pueblo decidió asentarse en estas tierras, hubo que marcar de alguna forma los límites de su territorio. "Era la mejor forma de hacernos ver", dice, "y una manera eficaz de señalar nuestra pertenencia a estas tierras fue levantando hitos, piedras que hablaran por nosotros y que fueran visibles desde lejos". Afirma que así se enviaba un mensaje claro. "Estás en tierras habitadas. Los pastos, los surcos en el suelo son nuestro trabajo, nuestro modo de vida.

Aquí vivimos, pero también morimos, y al final del camino, elegimos volvernos uno con la tierra, junto a nuestros padres, nuestros abuelos y todos los que estuvieron antes de ellos.”

Lentamente la anciana señala un túmulo alto, allá, en la llanura. “A eso lo llamamos la casa de los muertos, porque ahí moran nuestros antepasados. Dicen que esa casa ya existía antes de que mis padres nacieran, construida por los ancestros de los ancestros de mis abuelos. Fue hace tantas estaciones que solo la memoria de nuestro pueblo recuerda aquella historia ¿quieres escucharla?” Y, al preguntarte, sonrío; hay en sus ojos un brillo profundo, como si el pasado habitara en ellos, esperando ser contado una vez más.

Sus ojos grises como el cielo de tormenta y sus manos surcadas por el tiempo son la demostración de las historias que custodia en su memoria, de los que habitaron aquí mucho antes que nosotros. Señala el cerro que se yergue detrás del poblado, allá donde pastan las cabras. “Ahí vivían los otros”, murmura, “hombres y mujeres que tallaron sus vidas en esos riscos. Si me acompañas a recoger el ganado, tal vez te enseñe los dibujos que dejaron en las rocas: caballos de largas crines, toros robustos, ciervos de astas enormes y cabras de cuernos afilados. Pero, claro, no eran cabras como las nuestras; las suyas eran cabras salvajes, sin ataduras. Las nuestras vienen cuando las llamamos, y si alguna se despista, basta con silbar al perro para que las reúna”.

“Ellos eran distintos”, dice ella, mirando hacia el horizonte como si pudiera ver sus sombras en el crepúsculo. “No dependían de las

estaciones como nosotros, ni de la lluvia, el sol, el hielo o el granizo. Viajaban constantemente, de valle en valle, recorriendo ríos y montañas. No conocían el secreto de la tierra, del surco y la semilla, del trigo y el pan. Por no conocer, no conocían ni el puchero de barro donde cocemos las lentejas que crecen en nuestros campos”.

La anciana cuenta a los niños del poblado que esas gentes eran cazadores extraordinarios “mucho mejores que nosotros”, afirma. “Nosotros apenas salimos a cazar un venado en ocasiones especiales. ¿Para qué, si tenemos cabras, ovejas y vacas en el corral? Cuando necesitamos carne, sacrificamos una oveja vieja y la guisamos lentamente. Ya no tenemos que vagar por el monte con el arco buscando el rastro de algún animal”.

Aunque, claro, hay excepciones. Su nieta, que vive río abajo, es una cazadora de las de antaño. Se hace sus propios arcos y flechas y, siempre que puede, trepa a las peñas y espera con paciencia, la paciencia infinita de los cazadores, a que un ciervo desprevenido cruce su camino. La anciana te sonrío al contarle, y en sus ojos brilla una chispa antigua, como si por un momento también ella regresara a aquellos días de cazadores y viajes sin fin.

“Cuando se construyó el dolmen de nuestro pueblo todo el mundo colaboró”, dice la anciana con un susurro reverente. “Eran tiempos en los que cada mano contaba, y allí, en ese lugar sagrado, nos hacemos enterrar algunos de nosotros. Ven, quiero que veas los restos de mis antepasados.” Te toma de la mano

con una firmeza que transmite la solemnidad del momento para guiarte por un largo pasillo, cuyas paredes están cubier-

tas de cuarzos blancos que parecen brillar con su propia luz, creando reflejos pálidos en la penumbra. A medida que avanzas, la oscuridad se vuelve densa, como un velo que lo envuelve todo. Entonces ella se detiene y, con movimientos precisos, enciende un candil. Golpea dos piedras con destreza y al chocar, una chispa enciende la mecha de la que brota una llama pequeña y temblorosa.

La entrada a la cámara funeraria se revela frente a ti, flanqueada por dos rocas blancas que reflejan la débil luz y haciendo que el resplandor parpadeante parezca moverse con vida propia. Con pasos lentos y ceremoniosos, ella avanza hacia el interior de la tumba, su figura recortada por el titilar de la tea proyecta sombras sobre las paredes de pizarra. La cripta está construida con enormes bloques de pizarra hincados en la tierra, formando un espacio primitivo y solemne. Sobre ellos, el techo de la cámara se eleva en un cono de madera y ramas, un eco de las cabañas circulares del poblado. Allí, en la quietud de aquel espacio sagrado, parece que cada piedra, cada sombra, guarda en silencio las historias de aquellos que descansan. Levanta su brazo y señala con su mano temblorosa. “¿Los ves?”, te pregunta. “Ese de allí era mi abuelo, y aquella calavera, la de mi hermano. Murió de unas fiebres que no supimos curar, al igual que mi hija pequeña. Ellos son el testimonio de las profundas raíces que asientan nuestra existencia.”

Se agacha, acaricia con cariño la tierra que cubre a sus seres queridos y su voz se hace un eco de recuerdos. “Aquí, entre estas piedras, sus almas descansan, pero también sus historias viven en mí. Cada uno de ellos dejó un legado, un hilo que

teje nuestra identidad y nos recuerda de dónde venimos.”

La anciana se detiene, cerrando los ojos un instante, como si pudiera escuchar sus risas y sus susurros a través del viento. “Y cada vez que miro este lugar, siento que no están tan lejos. Sus voces resuenan en el murmullo del río y en el crujir de las hojas, recordándonos que, aunque físicamente se hayan ido, su espíritu nos acompaña siempre”.

EPÍLOGO

Los animales dibujados en las peñas hacen referencia a los grabados rupestres de Domingo García que datan del Paleolítico Superior, hace unos 17.000 años. Son una excepcional referencia gráfica de los últimos cazadores recolectores finiglaciares que poblaron estas tierras bañadas por el Eresma.

Por su parte, los “menhires del bosque de piedras blancas” es un guiño al crómlech de Cantos Blancos de Bernardos. Se trata del único monumento megalítico de estas características detectado en toda la comunidad de Castilla y León.

Finalmente, la tumba que describe la anciana neolítica es nuestro querido dolmen de Santa Inés, localizado en el municipio de Bernardos. Las excavaciones arqueológicas demuestran que fue mucho más que una tumba. Fue un símbolo, un lugar de reunión para gentes de otras culturas y épocas a lo largo de los siglos, una señal para cualquiera que cruzara sus caminos. Así que, caminante, cuando tus pasos te lleven por estos valles, detente un momento y visita el hogar de tus antepasados. En esas piedras encontrarás la huella de sus vidas, que siguen resonando con fuerza en la memoria de estas tierras.